

Elmore Leonard

Yibuti

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

Alianza Editorial

Título original: *Djibouti*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2010, Elmore Leonard Inc. All rights reserved

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013

© de la traducción: Catalina Martínez Muñoz, 2013

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7990-7

Depósito legal: M. 24.773-2013

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Mike Lupica

CAPÍTULO UNO

Desde la terminal del aeropuerto, Xavier vio salir a dos legionarios para recibir el vuelo, dos tíos con quepis blancos, charreteras rojas y amplio fajín azul en la cintura, que parecían sacados de algún antiguo regimiento, menos por los pantalones cortos y los fusiles de asalto. Esperaban la llegada del vuelo de Air France procedente de París, que tenía prevista su llegada a Yibuti a las 8.00 h.

Poco después vio aterrizar un avión de carga de las fuerzas aéreas, al tiempo que un taxi se acercaba al extremo de la pista, donde estaban estacionados en fila varios helicópteros Blackhawk. A las 8.30 h. el vuelo semanal de Air France estaba en tierra, la escala montada, y los pasajeros, un grupo de árabes y Dara Barr, desembarcando. La Legión Extranjera se ocupaba del control de pasaportes con la esperanza de saber identificar a un terrorista en el caso de tenerlo delante.

Dara iba hablando con un árabe muy atractivo. Asentía, parecía cómoda, como si hubieran pasado el vuelo charlando.

El desconocido llevaba un traje de color tostado y una corbata a rayas, y tenía la barba recortada al estilo árabe, aunque su aspecto era el de un hombre de ciudad, no el de un camellero. Dara se puso las gafas de sol. Seguramente estaba comentando que hacía mucho calor para ser tan temprano.

Xavier cruzó la sala de espera mientras los pasajeros se encaminaban al control de pasaportes. Dara tardó un buen rato en conseguir el visado que le permitiría quedarse hasta seis meses si lo deseaba. Les diría que no, que estaba allí para localizar escenarios y rodar un documental sobre piratas. En ese momento, Dara salió con el caballero árabe y corrió a echarse en brazos de Xavier, su ayudante negro, de un metro noventa y siete, delgado, vestido con unos vaqueros desteñidos y una camiseta. Setenta y dos años. Le doblaba la edad. Dara se alegró mucho de verlo. Xavier le besó la cabeza rubia.

—Eres lo mejor que he olido desde hace una semana —dijo Xavier, y miró al acompañante de Dara, que observaba el encuentro.

—Dara me ha hablado de usted —dijo el caballero, sonriendo.

Hablaba inglés con acento británico.

—Por lo visto ha cruzado el golfo en muchas ocasiones, cuando era marino, y ahora viene como cámara de la señorita Barr.

—Más bien estoy aquí para protegerla —contestó Xavier.

Dara los presentó: Xavier LeBo, de Nueva Orleans. Ari Ahmed Sheij Bakar.

—En Inglaterra lo conocen como Harry —dijo Dara—. Harry trabaja para la IMO, la Organización Marítima Inter-

nacional, investigando... agárrate... la piratería en el golfo de Adén.

—En realidad trabajo para el Código de Conducta de Yibuti, bajo los auspicios de la IMO.

—Cuéntale a Xavier qué haces —dijo Dara.

—Es muy sencillo, hablo directamente con los líderes de los piratas y les digo que su empresa es inútil. Una flota naval llegada de todos los rincones del mundo persigue a sus lanchas fueraborda. Intento convencerlos de que no hay futuro en la piratería.

—Harry es el portavoz de las normas, de lo que está permitido y lo que está decididamente mal, como secuestrar barcos y exigir un rescate.

—Como ya sabes, Dara simpatiza con los piratas —dijo Harry, con una expresión de asombro en su sonrisa. Y se despidió de ella diciendo que había sido estupendo conocerla y hablar de sus películas, muy estimulante—. Me encantan las historias que cuentas. Llámame en cuanto puedas, ¿de acuerdo? ¿Lo prometes? Te presentaré a un pirata de verdad, un rufián muy distinguido. Al menos así es como él se ve a sí mismo.

Harry pellizcó a Dara en la mejilla y corrió hacia un Bentley verde oscuro, flamante bajo el sol de la mañana.

—Un hombre de éxito, ¿eh? —dijo Xavier.

—Estudió en Oxford.

—¿Y allí aprendió a hablar así?

—Su madre es inglesa; su padre, saudí. Tienen un apartamento en Londres, en Sloane Square. Dice que su madre es muy elegante, la clásica inglesa de clase alta, de los Sloane

Rangers. Pasaba temporadas allí mientras él estudiaba en Oxford.

—¿Eso iba en serio? ¿Eso de que hace tratos con los piratas?

—Lo veremos dentro de dos semanas en Eyl, un bastión de los piratas en la costa somalí.

—¿Bastión? ¿Así lo ha llamado él?

—Es un pueblo a orillas del mar, donde tienen secuestrados ocho barcos. Le dije que dentro de dos semanas los barcos quizá ya no estén allí. Y me contestó: «O quizá haya más». Han tenido un petrolero secuestrado tres meses. Siempre hay barcos, según Harry, a la espera de que paguen el rescate. Harry hace el papel de hombre paciente y comprensivo. Ya lo has oído. Dice que trabaja para el Código de Conducta de Yibuti. Es un convenio para acabar con la piratería, firmado por diecisiete países. Se reúnen periódicamente en Yibuti. Harry vive en el barrio europeo. Es un saudí que trabajaba para el desarrollo de Somalia. Si es que se dedica a eso.

—Pero te gusta —dijo Xavier—. Has pensado: «Hmmm, nunca he tenido un novio árabe».

—¿Cómo iba a tenerlo? Vamos, quiero ver nuestro barco.

Recogieron el equipaje de Dara y las cajas con el material de rodaje y lo cargaron en el coche de alquiler, un Toyota sedán negro, mientras Xavier le preguntaba a Dara si no quería pasar primero por el hotel para arreglarse.

—¿Ir a la peluquería, quieres decir?

—¿Por qué no?

—¿Me has visto ir a la peluquería alguna vez?

—Sí, una. Cuando nos dieron el Oscar. Estabas más guapa que nunca.

—¿«Nos» dieron el Oscar? A Harry le has dicho que eras mi protector.

—Quería ser humilde en presencia del jeque británico. Si quieres que te proteja, te protegeré. Si quieres que ruede algo, rodaré. Y te gustará mi trabajo. He estado filmando a los pescadores, les pedí que actuasen un poco para mí. Creo que puedo hacer lo mismo con esos mafiosos somalíes, grabarlos mientras ejecutan sus hazañas de piratería, las más grandes que se han visto en trescientos años. Se creen con derecho a hacer lo que les da la gana. Son muy vanidosos. Si les dices que quieres sacarlos en una peli, se mearán de gusto.

—Cuento con ellos —dijo Dara—. Pero quiero ver el barco. ¿Cuánto mide?

—Es un pesquero de diez metros de eslora. Impecable y recién pintado. Parece un barco de marineros gays. Una monada: ligero y veloz. Con pinta de portarse bien en todos los mares. Podemos ponerle unos estabilizadores en las bandas si no quieres que se mueva mucho.

—¿Está listo para zarpar?

—Aún tienen que traer las provisiones. Hice un trato con un proveedor de los hoteles. Tendremos vinos de mesa franceses y Heineken, la única cerveza que he podido encontrar por aquí. Los repartidores de Heineken tienen que ir escoltados por una patrulla de soldados armados con ametralladoras. El agua del grifo no se puede beber. Hasta darse un baño es peligroso. Dijiste que querías rodar aquí cuando volviésemos. Quiero enseñarte lo que hay. Puede que se te quiten las ganas

de rodar. Yibuti es un asco. Hace calor, las cloacas corren por las calles, la ciudad está llena de ratas, de bichos repugnantes, como esos escarabajos que hacen bolas con mierda de murciélago.

Iban por una carretera bastante recta, bordeando la costa oriental de Yibuti.

—Aunque a lo mejor quieres empezar a rodar algunas tomas. Para hacerte una idea de lo que encontrarás cuando volvamos. Vale. Pero no grabes a nadie cuando te esté mirando.

Dara sacó de su bolsa una cámara de alta definición, pequeña.

—¿Piden dinero a cambio?

—Algunos no aceptan sobornos. Escupen a tus pies y dan media vuelta. No sé si será por su religión. Aquí la mayoría son suníes. Los piratas creo que son de otra secta. Voy a seguir unas cuantas manzanas antes de dar la vuelta.

Dara bajó la ventanilla.

—¿Empiezas por enseñarme los suburbios?

—Ésta es la zona noble de la ciudad, guapa. Aquí viven los europeos.

Dara ya estaba grabando.

—Se parece a nuestro barrio francés.

—Iba a preguntarte si te recordaba a algo.

—Sí, un poco. Al Vieux Carré, pero con puertas y ventanas moriscas.

—Es el antiguo barrio francés colonial, construido por los árabes. He cruzado el golfo treinta y siete veces. Normalmente veníamos del oeste y parábamos aquí a repostar.

—¿Y siempre bajabas a tierra?

—Puedo hacerte de guía, para que no te caigas en una cloaca. Aquí no ves ninguna, pero no tardarás en verlas, cuando lleguemos al barrio africano. Mira ahí, a la izquierda. Es la Embajada de Estados Unidos. ¿Qué vida llevará el embajador de Yibuti? Su mujer le pregunta: «¿Qué vas a hacer hoy, cariño?». Y el embajador dice: «¿Sabes qué? No me importaría probar el *kat*. Se supone que da buen rollo mientras cumples condena en este gueto».

—He oído que en San Diego hay muy buen *kat*. Todos los somalíes viven allí. Pero ¿por qué se han instalado en San Diego?

—Habrán ido para ver si hay piratas jubilados por allí. Estamos llegando al Mercado Central. Es el más grande de la ciudad, al pie de la mezquita. Filas y filas de tenderetes donde venden de todo: ropa, pollos, fruta y verdura. Fíjate en la ropa, en los colores de las mujeres. Mira esa mesa llena de carne.

Dara lo estaba grabando todo.

—Se está moviendo.

—Son las moscas revoloteando alrededor del lomo de la cabra para ver si consiguen dar un bocado. Mira a esa chica, la que tiene en la mano un ramo de hojas envuelto en celofán. Está vendiendo *kat*. La hierba sólo aguanta dos días, por eso hay que protegerla del aire. —Xavier se inclinó sobre Dara, que seguía grabando los puestos del mercado, a las mujeres sentadas debajo de sus sombrillas—. Mira esos chicos, con las bolas en la boca. Están masticando *kat*. Lo llaman la flor del paraíso. Se pasan el día chupeteando y masticando. Lo traen en avión de Etiopía y reparten diez u once toneladas todas las mañanas. Hace que los hombres siempre estén contentos.

—¿Las mujeres no consumen?

—Las sobras que encuentran por ahí. Esto es el mundo musulmán. Las mujeres como mucho reciben las sobras.

—Eso ya lo vi en Bosnia —dijo Dara.

—Tu mejor película. Se te da de maravilla captar a las mujeres, meterte en su alma. Aunque los hombres tampoco se te dan mal, ¿verdad? Les haces creer que son la hostia. Esta noche tendrás la oportunidad de ver a los chicos malos de Somalia en la gran ciudad.

—¿Tú crees que vienen aquí?

—A comprarse ropa... coches, y eso que donde viven apenas hay carreteras. Vienen buscando coñitos franceses y se casan con chicas etíopes. No están nada mal, las etíopes, como las de Eritrea. Son especiales. Tienen una estructura facial increíble. Los verás en los bares, a los chicos malos. Los pobres diablos se vuelven locos cuando llegan a la gran ciudad por primera vez.

—¿Cómo sabes que son piratas?

—Te lo dicen ellos mismos. Quieren que las chicas sepan que están forrados, de secuestrar barcos. Se llevan una buena pasta. Hablé con una mujer cuando los chicos que estaban con ella se marcharon o se quedaron inconscientes. Me dijo que esos somalíes del desierto son más divertidos que los francesitos. Les encanta emborracharse. Y son ricos. Por fin pueden vivir la vida.

Dara sacó un cigarrillo y un mechero del bolsillo de la camisa vaquera azul claro, holgada y cómoda.

—Salen en sus lanchas, abordan mercantes y petroleros y sacan lo menos un millón de una tacada. —Encendió el mechero, pero la llama se apagó—. ¿Recibirán ayuda? ¿Habrá al-

guyen que les da el chivatazo y les dice cuáles son los barcos más fáciles de abordar?

—Lo han conseguido cuarenta y dos veces de cien —dijo Xavier—. Eso da un promedio de más de un cuarenta por ciento.

—Alguien podría estar facilitándoles información —aventuró Dara.

—¿En quién estás pensando?

—Quizá lo averigüemos. Quiero ver mi barco. —Y volvió a encender el mechero.

CAPÍTULO DOS

Xavier señaló hacia el puerto comercial, al oeste, donde los petroleros y las grúas se perfilaban en el resplandor del cielo. Estaban cargando barcos contenedores con ayuda de una estructura de vigas de acero. Dara vio un transatlántico atracado en el puerto y una nave nodriza de las fuerzas navales fondeada en la bahía.

—Las fragatas deben de haber salido en busca de piratas. La otra noche le dije a un marinero: «Id a los bares, tío. Es allí donde los piratas se gastan el botín». —Continuaron por una carretera bordeada de viviendas en construcción y cruzaron un puente para seguir hasta el final del muelle, que formaba allí un ángulo y pasaba a convertirse en una amplia dársena de hormigón donde repostaban y se aprovisionaban las embarcaciones de recreo—.

¿Aún no lo has visto?

—¿No será ese velero?

Se estaban acercando a una embarcación mixta, de motor y vela, atracada a su izquierda.

—Ése es *Pegaso* —dijo Xavier—. Veinte metros de proa a popa y timonera cerrada. Es un barco de placer, pero se balancea mucho con el viento.

—¿Qué es, una yola?

—Un queche. Parecido a la yola, pero con el palo de mesana no tan cerca de la popa. Puede desplegar cuatro lienzos en un mar amigable, entre foques y mesana.

Dara vio a un hombre y a una chica en bikini, a popa. El patrón levantó la copa que tenía en la mano, a modo de saludo, al ver el Toyota. La chica tenía una melena rojiza y salvaje.

—Ése está dando la vuelta al mundo con su novia —dijo Xavier, saludándolos con la mano—. La está poniendo a prueba. Si no se queja ni se marea, es posible que se case con ella.

—Estás de coña. ¿Y ella ha aceptado?

—El tío es rico y tiene sus normas.

—No me lo creo.

—Zarparon de Niza, con mistral, un viento frío que viene de los Alpes. Él pensó que la chica se marearía y tendría que desembarcar en Montecarlo, que no llegaría a dar la vuelta al mundo. Pero superó esa etapa. Bajaron por el canal de Suez hasta el mar Rojo, y ahora van camino del Índico.

—¿Te lo contó él?

—Es muy hablador. Me contó que el barco le ha salido a ciento cinco mil el metro, por si quieres uno como el suyo. Todo electrónico y mecanizado. No hay que levantar peso.

—¿De dónde saca el dinero?

—Por lo visto le viene de familia. No parece que tenga ninguna ocupación.

—No se ha hecho millonario de la noche a la mañana.

—Le gusta hablar, nada más. Si le preguntas por su barco, te lo cuenta todo. Se alojan en el Kempinski. Se llaman Billy Wynn y Helene. Él anda cerca de los cincuenta. Yo diría que ella tiene veintitantos.

—Y está como un tren.

—Así es como se ha ganado el viaje. Me he encontrado con ellos varias veces. He tomado una copa con el señor Wynn en el hotel. Le encanta el champán. Me ha dicho que lo llame Billy.

Se estaban acercando a su barco, al final del muelle deportivo.

—Te dije que era un pesquero. Es ese reluciente y recién pintado, con una raya naranja. Que tenga pinta de gay no significa que no sirva para navegar.

Xavier paró el coche al lado del pesquero y Dara se quedó mirando el casco blanco, con su franja naranja en los costados y encima de la timonera.

—Tienes razón. Es una monada.

Subieron a bordo, pasaron por la cubierta y entraron en la timonera para bajar a la cocina y el camarote encastrado en la proa, con una cama doble. Xavier iba detrás de Dara.

—Ésa es tu cama —dijo—. Yo me he comprado una hamaca de tres metros para colgarla entre el palo mayor y la cabina, mientras tú te cueces aquí abajo.

—También puedo poner el colchón debajo de la hamaca y quedarme dormida contemplando tu trasero.

—Puedes quedarte con la hamaca si quieres.

—Ya veremos —dijo Dara—. Tenemos frigorífico, una ducha... una especie de armario en la cocina. Ya iremos encontrando los huecos. ¿Cuánto vino has comprado?

—Cinco cajas de tinto, para que no tengamos que enfriarlo.

—¿Y si queremos compañía?

—Los musulmanes no beben, pero conseguiré otra caja.

—Si las ponemos a proa, pareceremos ese submarino alemán, *Das Boot*. ¿Cómo se llama el barco?

—*Buster*.

—Estás de coña. ¿Se llama *Fulano*?

—Lo llaman *Buster 30*, por la longitud, aunque es rechoncho. Los tanques están llenos. Lleva un motor diésel, un Saab, pero sólo tiene 56 caballos y no pasa de 28 revoluciones por minuto. Nada más. Podremos surcar el golfo a seis nudos. El que me lo alquiló dice que es un barco muy fiable.

—¿Cuánto ha costado?

—Quería dos mil por semana, ocho al mes. Le enseñé un folleto tuyo, con fotos y comentarios. Es francés, el que nos alquila el barco. Le dije que no debería cobrarnos por el transporte, ya que vamos a hacer propaganda de su empresa en la película. Le dije que hasta podíamos sacarlo a él, junto a ese cartel que dice: YIBUTI: EMBARCACIONES DE DISEÑO. LUJO EN EL AGUA. Y luego añadí: «Pero, claro, usted no es una ONG, usted tiene una empresa, así que le pagaré». Y le di un fajo de cuatro mil dólares. En cuanto se vio con la pasta en la mano, aceptó el trato. Dijo: «De acuerdo. Los espero aquí dentro de cuatro semanas».

—¿Y voy a tener que sacarlo en la película?

—Ese tío te ha rebajado cuatro mil pavos. Claro que tienes que sacarlo en la película.

Dara se detuvo en la cocina.

—¿Quién va a cocinar? —preguntó.

—Yo me ocupo del timón y de no perder el rumbo. Tú del pescado.

—¿Se nos olvida algo?

—El mismo proveedor que nos trae la comida está intentando conseguirme un arma.

Dara miró a Xavier, pero no dijo nada.

Él sonrió.

—Haré lo que tú mandes. Eso sí, ten en cuenta que podemos vernos envueltos en situaciones en las que no te has visto en la vida. Estaremos en alta mar, rodeados de piratas armados con Kalashnikovs y lanzagranadas. Se pasan el día bebiendo y masticando *kat*, y de pronto les da el punto de secuestrar un barco. Anoche estuve hablando con uno, en un bar. Le dije: «¿Siempre estáis colocados cuando salís al mar?». Y me contestó: «Si no lo estuviéramos, ¿cómo íbamos a sentirnos capaces de abordar un petrolero desde un esquiife?». Están encantados, ganando millones con los rescates. Es divertido, mientras no se fijen en el *Buster*.

Xavier dejó a Dara en el hotel y volvió al muelle para cargar las provisiones. El barco estaba listo para zarpar a las seis de la mañana. Esta vez, al pasar por delante del velero, no vio indicios de que hubiese nadie a bordo.

—Un Mercedes ha venido a recogerlos —dijo Xavier—. ¿No lo has visto? Billy Wynn tiene un chófer, para desentenderse del tráfico. Él tiene un chófer y tú me tienes a mí, y una suite de lujo en el Kempinski, porque eres una cineasta americana famosa.

—¿Qué tal si grabo algunas tomas del hotel?

—No te vendrá mal. Puedes utilizar a Billy si necesitas un modelo. Me apuesto un dólar a que te está esperando.

—¿Con su novia?

—No puedo hablar por ella, pero sé que él se muere por conocerte. Le he contado lo que nos traemos entre manos.

—Soy Dara Barr. Tengo una reserva —dijo en la recepción, y recorrió con la mirada el vestíbulo de estilo árabe del Kempinski Palace, un hotel de cinco estrellas, con una fuente en la entrada, mientras el recepcionista pulsaba teclas y miraba la pantalla. Dara le indicó que buscara su nombre debajo de Xavier LeBo, y el rostro del somalí se iluminó.

—Claro. El señor LeBo. Usted debe de ser su acompañante.

—Soy su jefa —dijo Dara—. No dormimos juntos.

Le dieron la tarjeta para abrir la puerta de la habitación y dijeron que enseguida subirían el equipaje.

La suite era bonita, afrancesada, con un sofá, un par de butacas y una mesa de centro, de cristal, en la que había una botella de vino. Tenía pinta de ser jerez. Dara sacó de la nevera una botella de agua helada y se la tomó mirando la piscina, que parecía adentrarse en el mar. Vio una, no, dos mujeres en las hamacas, cada una por su lado, tomando el sol africano, y pensó: «Hoy no. Antes de nada tienes que comprobar las cámaras». Llamó a recepción para decir que seguía esperando el equipaje. «Sí, señora, ahora mismo», contestaron. Y fue al baño a lavarse las manos y tontear un rato con el pelo, para darle un poco de vida. Sonó el teléfono.

—¿Sí? —Esperaba que fuese una llamada de recepción.

—¿Dara Barr? Soy Billy Wynn. He conocido a su ayudante de cámara, a LeBo. Lo pasamos muy bien hablando de navegación... He estado viendo en YouTube algunas entrevistas

suyas y también fragmentos de sus películas. No me puedo creer que esté usted aquí. El único documental que he visto entero es *Katrina*. Lo vi anoche. Lo bajé de Internet. Ha clavado usted ese huracán. Treinta y dos mil personas se quedaron sin hogar en Nueva Orleans. —Billy Wynn hablaba con acento texano, muy suave, pero Dara lo captó. Encadenaba sus frases sin prisa, con seriedad, seguro de sí mismo, como corresponde a un playboy —si todavía se llama así— que está dando la vuelta al mundo con su chica en un velero de dos millones de dólares—. Si no está muy cansada, ¿podemos tomar algo en el bar?

—Estoy esperando mi equipaje. He llamado a recepción y...

—Si no consigo que se lo lleven antes de cinco minutos, le debo una botella de champán —dijo Billy.

Dara sacó dos copas de champán del mueble-bar y volvió al baño a espabilar su pelo, rubio natural. Se lo frotó con una toalla, se dio por vencida, y se puso un pañuelo pirata, dejando escapar algunos mechones. Se miró en el espejo del cuarto de baño y se puso las gafas de sol.

Mejor así.

¿Por qué preocuparse, si él estaba con su novia?

¿Y por qué no?

Billy llegó con una botella de champán y un botones que empujaba un carrito.

—He perdido por un par de minutos —dijo, levantando la botella.

—Ya he preparado las copas —contestó Dara, sin detenerse a observar su reacción. Se sacó un manajo de llaves del bolsillo de los vaqueros y se dirigió al botones—: Puede dejar aquí

mismo el baúl y los maletines. La bolsa, en el dormitorio. —Se apoyó en una rodilla para abrir el baúl y se incorporó mientras levantaba la tapa y comprobaba sus cámaras y sus baterías, colocadas en sus compartimentos de espuma—. Está todo —dijo.

Billy miró a Dara mientras abría el champán. Era alto, llevaba unos pantalones cortos, de color blanco, y tenía una barriga considerable.

—¿Le preocupaba que faltase algo? —preguntó.

Llevaba el pelo hecho un desastre, largo y despeinado, pero le bastaba con su pinta de rico bohemio.

—No me preocupaba —dijo Dara—. ¿Así que ha conocido a Xavier? Él trajo una cámara y el resto del equipo.

—Le pregunté —dijo Billy, acercándose a Dara para ofrecerle una copa de champán— si era masái. Yo mido un metro ochenta y tres y me saca una cabeza. ¿Qué tal si nos sentamos?

Pagó al botones y se acomodó en una butaca. Dara ya estaba en el sofá, con un cenicero a mano, en la esquina de la mesa. Se sacó un paquete de Virginia Slims del bolsillo de la camisa, encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Billy Wynn, que negó con la cabeza.

—Sólo fumo habanos.

—¿Y a Helene no le molesta? —preguntó Dara, directa al grano.

—Solo fumo en alta mar —dijo Billy, sonriendo—. Ha estado hablando con Xavier, ¿verdad?

—Me contó que iba usted con su novia.

—Y que si le gusta navegar tanto como a mí podría significar que somos compatibles. En eso hemos quedado.

—¿Se ha casado alguna vez?

—Estuve a punto, un par de veces.

—¿Se mareaban?

Billy volvió a sonreír.

—Verá, paso la mitad del año en el mar, navegando por el mundo. ¿Cómo voy a dejar tanto tiempo sola en casa a una mujer guapa, si no le gusta navegar? Helene está dispuesta a intentarlo.

—¿A qué se dedica ella?

—¿Quiere decir si trabaja? Es modelo. La conocí en París, en el desfile de una casa de modas. La vi desfilando por la pasarela, con esa cara de aburrimiento que tienen las modelos, el pelo rojo como el fuego, las pecas suaves... Miró hacia donde estaba yo, en la segunda o la tercera fila, y sonrió.

—Sabía que estaba usted allí.

—No. Después me contó que siempre hace como si viera a alguien conocido y sonrío un momento. Para no parecer altiva y distante.

Dara dudó un momento antes de decir:

—Si pasa usted la mitad del año en su barco...

—Quiere saber si trabajo. Mi familia tiene pozos de petróleo en Oklahoma desde hace cien años. Fue mi abuelo quien nos metió a todos en el negocio marítimo: petroleros que van y vienen de Nigeria al este de Texas. Quiero aprovechar este viaje para hacer negocios con los saudíes. Ver cómo se manejan con los piratas —volvió a sonreír—, y resulta que me encuentro con que usted está haciendo un documental sobre los piratas. Xavier me ha contado que piensan navegar por el golfo para hablar con ellos, para entrevistarlos.

—Eso espero.

—¿Cree que cuentan con ayuda del gobierno somalí?

—Lo dudo —dijo Dara—. Hace casi veinte años que tienen un gobierno que funciona. Los islamistas de Somalia, los musulmanes de pura cepa, dicen que están en contra de la piratería, pero ¿quién sabe?

—Todos son musulmanes —señaló Billy Wynn.

—Unos más que otros —replicó Dara—. Ya sabe que los somalíes secuestraron un petrolero saudí.

—Hace ya unos meses, el *Sirius Star* —asintió Billy—. Lo último que he oído es que siguen negociando el rescate. He estado pensando si podría ser que Al Qaeda estuviese financiando a los piratas. ¿De dónde sacan esos pescadores los Kalashnikovs AK-47 y los lanzagranadas? Hay quien dice que los traen de Yemen. El gobierno gana dinero con la venta de armas mientras la gente pasa hambre. Bueno, parece que la ONU por fin ha reaccionado en serio. Verá muchos barcos de guerra en el golfo de Adén, pero esas aguas siguen siendo muy peligrosas.

Dara lo escuchaba, saboreando el champán y el cigarrillo.

—¿Sabe qué hacen con los piratas cuando pillan a unos cuantos? —preguntó Billy—. Algunos terminan en las cárceles de Kenia, pero ¿qué leyes han violado? ¿Quién los juzga?

—No lo sé —contestó Dara.

Billy volvió a sonreír.

—Pero sabe tirar de la lengua a la gente que saca en sus películas. Me parece admirable.

—¿Le gustan los documentales?

—Sí. Cuando son buenos siempre revelan la verdad. Tengo mucha curiosidad por ver qué le cuentan los piratas.